

Remembranza histórica

Con la inclinación tan grande que hay ahora para hacer versos detestables, Amalarico, que parece haberlo sentido, se ha librado de la tentación saliendo por la tanjente del acróstico, que es una clase de composición poética que ni lo parece ni lo es y libra de toda cursilería.

No es la primera vez que nos vemos favorecidos por tales trabajos. Hace años, como 25 o 30, que por los libros se hallará, recibimos el primero del inolvidable Crescencio Rosado Pavón, porteño, villartero y alcazareño y todo de verdad y en parecida proporción, puesto que nació en el Puerto, aprendió en Alcázar y se casó en Villarta con su prima, la hija del célebre médico Don Julián Pavón, de fama tan extendida que se nutría de 113 pueblos de alrededor, pues Alcázar mismo era una de las poblaciones que engordaban tan precioso ramillete, como se tiene publicado y observado desde la infancia en nuestro pueblo, a pesar de ser Don Julián condiscípulo de Don Magdaleno y aprendió en la misma escuela del Hospital General donde ambos entraron de topiqueros y salieron hechos médicos y propicios a la fama de los campos manchegos en los que Don Julián brilló como astro de primera magnitud toda su vida. Aprendieron el oficio machacando y no escuchando elucubraciones fantásticas de las que se prodigaban en aquel tiempo, pero el médico de Villarta sobresalió cien codos por encima de todos y fue el único que mantuvo a raya la fama del pastor de Manzanares mientras vivió, cosa más difícil que subir a la torre a gatas y mantenerse en la veleta.

Don Magdaleno a pesar de su inclinación intervencionista, lo hacía poco. Era, como para todo, tímido, de arrogancia aparente e inseguridad fundamental, como de falta de dominio.

Por toda exploración, empuñaba la muñeca del enfermo sin dejar de soplar y de moquear y al rato decía:

– ¡Vaya un pasmo que tiene este. Y como pensando se iba a la comoda con el papel de la receta, diciendo,

– Vamos a darle un poco de benzoato que fluidifique las secreciones y un poco de amoníaco para sostener las fuerzas que no creáis que es fácil. Y explicaba a las mujeres lo que habían de hacer con lo de la botica, una cucharada cada tres horas pero una vez de una clase y otra de otra, y para comer un sopicaldo, pero poco.

El haber llegado hoy a este punto tan de refilón, no ha de impedirme proclamar de nuevo que Crescencio Rosado fue nuestro mejor cervantista, que conocía tan al detalle las obras del Glorioso Manco que citaba sus pasajes de corrido y que acudía y mediaba en las discusiones de las sesiones de los maestros con la mayor desenvoltura, como representación del manchego desconocido, siendo los tiempos de Astrana Marín en los que con mayor frecuencia hizo gala de sus apreciaciones por vivir en Madrid, desaparecidas ya las notables escuelas de fin de siglo, pero pese a la sequedad de la tierra, el nombre de Crescencio Rosado Pavón quedará siempre como uno de los más enamorados de Cervantes y del Cervantismo.